

Tomás Carrasquilla

# Cuentos escogidos 2



Notas y Glosario  
de Leticia Bernal Villegas



Editorial  
Universidad de Antioquia®



Tomás Carrasquilla

# Cuentos escogidos 2



Notas y Glosario  
de Leticia Bernal Villegas

Municipio de Santo Domingo  
Editorial Universidad de Antioquia®

© Tomás Carrasquilla  
© Notas y glosario: Leticia Bernal Villegas  
© De esta edición: Municipio de Santo Domingo y Editorial Universidad de Antioquia®  
ISBN: 978-958-714-860-2  
ISBNe: 978-958-714-861-9

Primera edición: abril del 2019  
Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia  
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad de Antioquia®

Editorial Universidad de Antioquia®  
(574) 219 50 10  
editorial@udea.edu.co  
<http://editorial.udea.edu.co>  
Apartado 1226. Medellín, Colombia

Imprenta Universidad de Antioquia  
(574) 219 53 30  
imprenta@udea.edu.co

Carrasquilla, Tomás, 1858-1940  
Cuentos escogidos 2 / Tomás Carrasquilla; Leticia Bernal Villegas, notas y glosario. – 1. edición. – Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Municipio de Santo Domingo; 2019.  
138 páginas. – (Colección: Literatura)  
ISBN: 978-958-714-860-2  
ISBNe: 978-958-714-861-9  
1. Literatura colombiana. 2. Cuentos colombianos. I. Bernal Villegas, Leticia. II. Título. III. Serie  
LC PQ8179.C3  
863-dc23

Catalogación en publicación de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

# Curas de almas<sup>1</sup>

El padre Gil, excusador de San Javier, está despierto desde las tres; que tal le acontece con frecuencia, al amanecer de los domingos.

Se incorpora, se arrodilla en el lecho y musita sus oraciones matinales. Entreabre un postigo de la ventana, para que le entren los aires de Dios. Llovizna, y corre ese viento destemplado y cortante con que el páramo de Tres Picos, que les queda frontero, regala a los javerianos, con bronquitis y romadizos; como lo obliga la higiene, cierra al punto, y a la luz fementida de una lamparilla, se abluciona y se muda de ropa. ¿Qué hacer mientras llama la campana? Mira el despertador, que no ha necesitado despertarlo. ¿Se preparará para la prédica? No; todavía, no; se siente lerdo, con la

.....

1 Medio y fecha de publicación: *El Espectador*, Medellín, 24 de junio de 1914. La segunda edición, de 1934, es de la Editorial Atlántida, que lo incluye en su compilación *Dominicales* (pp. 39-49). Se sigue esta edición, en la que en la “Nota del editor” se afirma: “El texto original de los cuadros se ha conservado en su totalidad sin alteración alguna, por voluntad expresa del autor”.

cabeza reacia. ¡Mojarse un poco más! Pero ni el agua, casi helada, de la sierra, le despeja la mollera, turbada aún por los sueños, tan tristes como extravagantes, que ha tenido. ¿El breviario,<sup>2</sup> entonces?... ¡Tampoco!

Ni rezar puede. Siente aridez, mucha aridez en el alma, ¡cual nunca la ha sentido! No era estado que pudiera malearla, según los tratadistas. Bien lo sabía él; pero, sobre agobiarle siempre demasiado, deseaba, para días como ese, de tanto penitente campesino, un poco de óleo, unas gotas de piadosa ternura, para curar tanta llaga, para limpiar tanto fango. ¡El confesonario!... Su cruz; la cruz del sacerdote que ansiase las alturas del espíritu y las limpideces del corazón. Aspirar a vivir cerca del cielo, y tener que bajar cotidianamente a esta tierra, para ver siempre la eterna, ofuscadora historia de las miserias humanas; luchar tanto por la salud del alma, y tener que respirar a toda hora las miasmas letales de la podredumbre; tener que conocer lo que se oculta bajo las más hermosas apariencias; tener que rendir homenaje social a quien no merecía ni el desprecio... era una prueba superior a sus fuerzas. Harto sabía él que la caridad más excelente era para el pecado, por ser la única desgracia; que Cristo había encarnado por los pecadores; que para ellos había legado las gracias sobrenaturales de los sacramentos. Y, sin embargo, su corazón se resis-

.....

2 Libro de la liturgia religiosa que compila las obligaciones de los clérigos católicos durante todo el año.

tía. ¿No probaba esto que era el más vil, a la vez que el más soberbio de los corazones? Sí: estaba lejos de la caridad, lejos de la humildad; estaba lejos de Dios. Si consagrando a diario; si llevando a Dios hasta en sus entrañas se alejaba de él, ¿cuál no se alejarían los pecadores legos? ¡Sarcasmo raro el de su sacerdocio! Si su misión era salvar almas, ¿cómo repugnarle, entonces, el curarlas? ¿Qué concupiscencia era esta? ¿Del espíritu? ¿De los sentidos? ¡Sangre Preciosa de Cristo! ¿Y no eran escrúpulos pueriles? ¿Satanás? Tal vez.

Suspiros, lágrimas, acto de contrición, examen de conciencia, petición de fuerza y de caridad. Entretanto llueve, y los gallos cantan, tan tristes, tan doloridos, que parecen acompañar al sacerdote en sus interiores tribulaciones.

Es el verdadero cura de almas del lugar, pues el párroco en propiedad, ya anciano y achacoso, le ha largado toda la carga del confesonario, y casi toda la del púlpito. Los dos viven en la rectoral, cual si fuesen padre e hijo: tanta es su concordia, tanto su mutuo afecto. Tiene Gil treinta y dos años; siete de sacerdocio y tres de coadjutoría en San Javier, donde lo veneran con todo y ropa. Es delgado, mediano de talla, feo, descolorido; pero tiene unos ojos muy negros, muy humildes y muy tristes. Es metódico y pulcro, sin pretensiones de elegancia ni rigorismo de ninguna especie. Su cuarto, casi una celda: los muebles necesarios, pobres y aldeanos; unos cuantos libros, un Cristo imperfecto, y una Dolorosa tal cual. Sin ser ignorante, tiene más de

místico que de ilustrado, más corazón que cabeza. Con él unge sus predicaciones y todos los actos de su ministerio. Por eso le escuchan con amor sus feligreses, y le consagran su cariño y su respeto. Muéstrase esquivo con el beaterío oficial; rechaza, hasta donde la urbanidad se lo permite, invitaciones y presentes, y solo va a las casas por asuntos de su ministerio. En las otras relaciones sociales, es amable e insinuante, en su misma seriedad. Propende mucho por el culto; pero se fija más en las flores y luces del alma que en la pompa exterior; más que en los arquitectónicos, en los “templos vivientes del Espíritu Santo”.<sup>3</sup>

Aún permanece de hinojos, sumido en su plegaria, cuando le llama la voz de la campana. Saluda a María, se arrebujá en su manteo, y sale, un tanto repuesto con los consuelos de la oración. Ya le esperan penitentes, y toma el confesonario. Pronto se ve rodeado. Tiene para rato. Viene el párroco a decir la misa primera; pasa esta; pasan carros y carretas, y el padre Gil oyendo aquellos poemas de la culpa campesina, que parecieran fábulas si se oyesen. A las nueve y media, Dios es servido que terminen.

Sale a la cural; reconcilia; torna a la iglesia con el alma remansada por la absolución, y se prepara para

.....

3 “¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que ya no os pertenecéis a vosotros?” (San Pablo, Primera Carta a los Corintios, 6:19).

oficiar en la misa mayor. Con el último campanazo de las diez, sale al ara, con esa actitud hierática que imprimen al celebrante las vestiduras y las ceremonias litúrgicas. Misa él con un recogimiento, una fe y una modalidad tan eficaces que inspira a los fieles ese espíritu de misterio y de amor, base de toda religión. Esta facultad de exteriorizar con tanta elocuencia el acto más grande, milagro perpetuo del catolicismo, es una especialidad del padre Gil. Siéntese, al verlo consagrar y alzar, que la Sangre de Cristo corre, si no más redentora que por otro consagrante, lo que es imposible, mejor representada y manifiesta a los ojos del creyente; que para todo rito se ha menester corazón.

Terminadas las oraciones que preceden al Sacrificio, le tenemos en el púlpito.

Es convenido entre los dos sacerdotes, que el viejo, como de casa, eche los regaños, y que el joven haga las filigranas. No serán tantas, que se diga. Mas, sin ser orador, en el sentido retórico ni el dialéctico, lo es por su voz limpia y sonora, por su claridad y sencillez, y, más que todo, por sentir.

Como estamos en octubre, historia, expone y encarece las excelencias del Rosario. ¡Y cómo le entienden esos pobres montañeros!

—Tan querido y tan católico el padrecito Gil —dicen las viejas, por alabar su unción y claridad.

El Dios que ha bajado hasta su pecho, merced a esas palabras que siempre le hacen temblar, ha completado la obra: se siente henchido de inefable dicha... “¡Has

caminado sobre las olas de mi agitado corazón!"<sup>4</sup> le dice, al rendirle el hacimiento de gracias.

De ahí, a dar a la materia lo que ella necesita. ¡Pobre sopa boba, pobre carne machacada, que sostenéis el cuerpo desmedrado de aquel sacerdote; no habrán de conoceros los sibaritas! En un periquete despacha el frugal almuerzo, y... ¡a la colecta para la iglesia! Ya el mercado está establecido. Se entra, se ingiere por la turbamulta. Aunque no es verboso, tiene para cada uno algún halago, alguna palabra suave y comedida.

—Mi compadre Gilito —suele decir el párroco— tiene el palito para sacarle a mis montañeros. En pocos años, ha recogido más que yo en veinte. Ahora sí acabamos la iglesia.

El zumbar de la colmena mercadante llena el lugarón. Mas, tañe la campana, y, ¡oh testimonio colectivo de un pueblo creyente! Un silencio misterioso se oye, y Gil entona el Ángelus. Contesta la multitud, como la creciente de un río. Cesa; continúa el solo del levita, y torna la creciente. Tres avemarías más fervientes no recibe Ella ni en el Santuario de Lourdes.<sup>5</sup>

.....

4 Alusión al Evangelio según san Mateo: "Jesús obligó a sus discípulos a embarcarse e ir a esperarlo al otro lado del lago [...]. Entre tanto la barca estaba en medio del mar, batida reciamente de las olas, por tener el viento contrario. Cuando ya era la cuarta vela de la noche, vino Jesús hacia ellos caminando sobre el mar" (14:22-25).

5 Situado en los Altos Pirineos franceses; allí, en la gruta que forma la roca de Massabielle, se apareció en 1858 la Vir-

No irá el cura ni en la mitad de la colecta, cuando gran tumulto y vocerío:

—¡Corra, mi padre! —le gritan de lado y lado.

Empuña el bolso, se dispara, y rompe por el pelotón. Un hombre yace en tierra, en las convulsiones de la muerte. Borbótale la sangre de un costado. Inclínase el sacerdote; pronuncia palabras; impone las manos, ¡pero el hombre ha muerto! Ha atacado, cuchillo en alto, a un carnicero, su émulo; mas, este le ha ganado de mano, y, en el propio corazón, le ha hundido el cortacarnes. Está en pie, más desencajado, más palpitante que el muerto.

Gil prorrumpe en llanto; se postra de hinojos, y, con el alma toda, implora la Divina Misericordia: conoce al asesinado; le sabe su vida, y teme por su alma. La autoridad levanta el cadáver; prende al matador; las esposas y los hijos de ambos gritan enloquecidos. El padre huye; trata de continuar su faena, pero las lágrimas le saltan y las carnes le tiemblan. No acierta a devolver, no acierta a recibir. Señó Minos, factótum obligado de los dos sacerdotes, acude en su ayuda y toma el bolso. Así terminan.

Tocan a Trisagio,<sup>6</sup> y, al entrar Gil a la iglesia, le llaman a auxiliar un moribundo, a legua y media de dis-

.....  
gen, bajo la advocación de la Inmaculada Concepción, a Bernardette Soubirous. Desde entonces, la gruta se convirtió en uno de los santuarios más visitados por los cristianos, en el que permanentemente se realizan oficios religiosos.

6 Oración cuyo nombre significa “tres veces santo”, y que atribuye a Dios la santidad, la fuerza y la inmortalidad,

tancia, y por caminos que el invierno hace intransitables. Vuela Minos a ensillar la mula; una mulita pava, elástica como caucho y fuerte como acero. Vuela Gil a la rectoral y se calza las polainas y el fieltro de luengas alas. Torna a la sacristía. Se lava las manos, si no “con los inocentes”,<sup>7</sup> con los compasivos; vístese la estola y la capa; cuélgase al pecho el relicario eucarístico, y se guarda la ampolleta con los Santos Óleos. En las gradas del atrio le tienen la bestia; remángase la sotana y... ¡arriba! Minos con la campanilla, y dos montañeros con los faroles, le rodean; y, en medio de la arrodillada multitud, toma camino de la sierra. A poco andar tiene que ponerse el impermeable; y, al son de una llovizna mojabobos, entona el rosario. Contéstanle, a más de sus compañeros rituales, varios allegados del moribundo, que le han seguido. Pero su pensamiento, siempre en Dios, vaga por otra parte. Teme no alcanzar con vida al hombre, que, según cuentas, está acabando. Es otra alma negra que peligrá. Ni fangales, ni palizadas le detienen. Lleva el cortejo de la lengua. Al fin llegan. Aunque es domingo, hay vecinos esperando la visita

.....

por lo cual se le considera la oración por excelencia a la Santísima Trinidad. Hasta bien entrado el siglo xx, fue tradición en los pueblos antioqueños el rezo de esta oración todos los domingos a las tres de la tarde.

7 Ver Evangelio según san Mateo: “Viendo Pilatos que nada adelantaba, sino que al contrario crecía el clamor, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo diciendo: ‘Yo soy inocente de la sangre de este justo. Vosotros veréis’” (27:24).

del Dios viajero. Unos se adelantan; todos se arrodillan en cuanto se acerca. La habitación, una casita pajiza de pobres, está barrida desde el patio y regada de hojas de naranjo y de ramos de romero, de pétalos de hortensia y de flor de muerto. Baja el cura. Suena la campanilla, y principia el rito inefable: “Señor, no soy digno ni merezco que vuestra Divina Majestad entre en mi pobre morada”.<sup>8</sup> En la salita está el altar, tendido con sabanilla muy bordada, con mucho santo, velas en naranjas, flores en botellas, la taza con el agua y la cuchara. Éntrase el cura al cuarto del moribundo. ¡Dios sea bendecido! La muerte da espera, y halla lo que soñara: un pecador contrito y en sus cabales. Los tres sacramentos postrimeros, la protestación de fe y el ayudar a bien morir, todo sale, según la Divina Misericordia y los deseos del cura.

.....

8 Frase de los catecismos y libros de oración de la época con la que se inicia el rito de la comunión, bien al recibir la hostia consagrada, bien cuando se desea hacer la comunión espiritual. Ejemplo de ello es el *Despertador eucarístico y dulce convite para que las almas enardecidas en el dulce amor de Jesús sacramentado frecuenten la eucarística mesa y asistan con fruto al santo sacrificio de la misa*, del presbítero Juan Gabriel Contreras (siglo XVIII), capítulo “Afectos al Señor para despertar los deseos de recibirlo”: “Señor, no soy digno ni merezco que vuestra divina majestad entre en mi pobre morada; mas por vuestra santísima palabra mis pecados sean perdonados y mi alma sana y salva” (Barcelona: Imprenta del Heredero de Pablo Riera, 1866, p. 198. La primera edición es de 1821).

Terminada la ceremonia, acepta con noble campesinismo el tributo de la hospitalidad montañesa: una copita de anís que, por vía de preservativo, le ofrece un vecino, y unos huevos y una leche postrera, con que le brindan las mujeres de la casa.

La llovizna ha calmado, y, a la luz de los faroles, emprende el regreso, a las siete bien corridas. En un atolladero se hunde la mula y Gilito cae.

—¡No será la última, esta noche! —exclama, saliendo como puede.

Sin la segunda, torna al pueblo, a eso de las diez.

Encuentra la novedad de que el párroco vela todavía.

—¡Ay, compadrito! —le dice en cuanto entra—. ¡Estoy a cantos de enloquecerme! Ya ve lo que nos afanamos por estos cristianos, y vea el fruto. Demen a mí otra laya de culpas, que... ¡ahí vamos! Pero no me den mataos en pecado mortal. ¡Y todo por un diantre de puerco que los dos querían comprar! Con este van cuatro en veinte años. ¡Es mucha carnicería! Ahí les hablé al alma en el trisagio; pero ¿qué me valió? Tuve que ir al velorio a aplacar a los hermanos de Gaspar. Han jurado esos enemigos que si Roque sale libre, se lo tamban. Y son muy capaces de cumplirlo; porque usted no sabe, compadrito, qué laya de ganado son los tales Méndez: Démelos muertos y se los doy condenados... ¡Pues no ve! ¡Hasta herejías estoy diciendo!... Y vaya coma y dese una frotación y acuéstese, que estará muerto. Si no ha rezado, machuque ahí lo que pueda, ¡que mi Dios no le exige tanto!

Ni comida, ni lavatorios, ni machuca. Se encierra, y, con toda paciencia y abstracción, reza todas las horas mayores, menores y demás oraciones rituales. Pasadas las doce, aún fluctúa aquel espíritu en místicas, indecibles vaguedades. ¿Qué soñará, luego? Tal vez tristezas, como en la noche precedente.